

te Athos, en donde acabó en paz sus días el año 1357. Despues de retirado Juan Cantacuzeno, Mateo su hijo, y Juan Paleólogo disputaron mucho tiempo entre sí, uno por conservar el título y poderío de emperador, y el otro por despojarlo de él. Por último, el primero de estos dos príncipes concluyó, en fuerza de los consejos de su padre, que vivia todavía, unos debates, de que se aprovechaban los enemigos del imperio para extender sus conquistas. Abdicó la suprema potestad, y se contentó con algunas prerogativas exteriores, mas á propósito para recordar á los otros la dignidad que habia dexado, que para consolarse él mismo de no haberla podido conservar.

Aunque las guerras intestinas se dispararon, no por eso se sosegó mas el imperio, ni fué mas dichoso. Los otomanos habian hecho increíbles progresos mientras las turbaciones civiles. Los sultanes Orkan, Amurates y Bayaceto tomaron sucesivamente á los griegos las provincias que les quedaban en Europa. Juan Paleólogo se vió precisado á pagarles tributo, y darles respectivamente dos de sus hijos en rehenes. Manuel su sucesor estaba en esta calidad en poder de Bayaceto, quando murió el año 1391. Tenia de edad 55 años, de los quales habia reynado 43. La pesadumbre aceleró el fin de sus días. Con efecto veía el imperio casi reducido al territorio de Constantinopla, y esta capital continuamente amenazada por los turcos y para caer en su poder, sin que los príncipes christianos pensasen en socorrerla.

El poder de los turcos otomanos, tan temibles á los emperadores griegos, se habia formado, como el de los árabes y de los otros pueblos musulmanes, por el derecho de conquista. En el siglo antecedente habian sujetado ó exterminado los mogoles á los pequeños soberanos de raza turca, que de los despojos del imperio de los califas de Bagdad, en Oriente y en todas las comarcas del Asia Menor, se habian apropiado estados. Muchos emires, despojados por el vencedor, ó ahuyentados por el temor, se habian refugiado en los montes con las tropas que se les habian conservado fieles. Desde allí hacian salidas á la tierra llana, para adquirir el mantenimiento que les negaba la naturaleza en los parages incultos y estériles, que les servian de albergue. La necesidad los movió en los prin-

cipios á unirse en estas expediciones, cuyo objeto eran las necesidades de la vida; pero muy pronto uno de ellos, nombrado Othmán ó Athman, tomó sobre la mayor parte de los otros aquel dominio que regularmente dan el ingenio, el talento y el valor á aquellos á quien la naturaleza hace á propósito para mandar. Echóse sobre las provincias del Asia Menor, que estaban todavía sujetas al dominio de los griegos. Estos países, asolados con tantas guerras, hacia mucho tiempo que eran víctima de todas las calamidades; y así las ciudades sin defensa y sin guarnicion, los pueblos desanimados y casi indiferentes respecto de unos señores que no pensaban en ellos, hicieron poca resistencia, y recibieron el yugo de los nuevos conquistadores, como de unos hombres acostumbrados á no tener ya ni patria, ni leyes, ni libertad. Prusias, ciudad contigua y famosa, que habia sido la capital del reyno de Bithynia en tiempo de los romanos, llegó á serlo del nuevo imperio y residencia de los príncipes otomanos, hasta la caída de Constantinopla.

Orkan, hijo y sucesor de Othmán, prosiguió las conquistas que su padre habia comenzado. Este era un príncipe diestro en la guerra y en la política. Las mas de las instituciones religiosas y civiles, que subsisten todavía entre los turcos, deben á él su origen. Los rápidos progresos de sus armas fueron objeto de los alborotos y disensiones que destruian el imperio de los griegos. Solimán, su hijo, príncipe del mayor crédito, amado de soldados y pueblo, lo ayudó con su valor y destreza. Pasó á Europa, se apoderó de muchas plazas principales en las costas del Helesponto, y tomó la célebre ciudad de Gallipoli, en la embocadura del mar de Maarmora. Iba á extender sus conquistas por la Grecia, quando murió de una caída de un caballo. Orkan, su padre, que habia renunciado el cetro para entregarse enteramente á los ejercicios de piedad y al servicio de los pobres, no le sobrevivió mas que unos pocos meses.

Dexó que prosiguiese sus conquistas y mantuviese su gloria, tanto en Asia como en Europa, á su segundo hijo Amurates I., que fué el tercer sultan de los otomanos. Este príncipe, no ménos diestro ni ménos feliz en sus empresas que sus antecesores, iba estrechando todos los dias el dominio de los emperadores griegos en límites mas an-

gostos. Las mas fuertes ciudades le abrian sus puertas ó eran tomadas por asalto. Esta fué entre otras la suerte de la importante plaza de Andrinópolis, de que se apoderó el año 1360, y que eligió para residencia suya. En el discurso de las expediciones habia cogido Amurates un crecido número de niños christianos. Juntólos para hacerles dar una educacion comun; y habiéndolos mandado instruir en la religion mahometana, y en los exercicios de la disciplina militar, formó de ellos la famosa milicia de los genizaros, que en adelante se hizo tan temible á sus señores, aunque siempre fiel á la sangre otomana.

Habiendo sido muerto este príncipe por un soldado christiano, después de una victoria que acababa de ganar contra un ejército innumerable en la alta Hungría, Bayaceto I., su hijo, tomó sobre sí con las riendas del imperio la continuacion de sus proyectos. Subiendo al trono, fundado ó asegurado por sus abuelos, heredó su ambicion, su valor y su talento para la guerra. Lo arrojado de su valor y la rapidez de sus conquistas le hicieron apellidar *Ildirim*, que significa *el Rayo*. Solo su nombre hacia temblar á los cobardes soberanos de Constantinopla dentro de las murallas de su capital. Al menor movimiento de sus tropas le enviaban sus hijos en rehenes, y se sujetaban humildemente á pagarle tributo. Por lo que mira á él, como si tuviese alguna seguridad de poderlos poner en prisiones siempre que quisiese, los mandaba con altivez, exigiendo de ellos una obediencia ciega, y dando á entender que los dexaba vivir y reynar solo por desprecio y por compasion.

Para contener á estos violentos conquistadores, y librar de sus manos los endebles despojos de la dominacion imperial, que habia estado extendida por tanto tiempo en las tres partes del mundo, llamaron en su socorro los soberanos de Constantinopla á los príncipes de Occidente. Juan Paleólogo y Manuel, su hijo, no se fiaron del zelo y actividad de sus embaxadores para hacer presentes sus instancias, sino que pasaron en persona al Occidente para solicitar con mas eficacia el auxilio de que necesitaban en el aprieto en que se hallaban. El primero de estos dos príncipes se vió con el papa Urbano V., á quien presentó una profesion de fé, muy cumplida y muy ortodoxa sobre todos los puntos en que andaban

discordes las dos iglesias. No falta quien haya escrito que sacó de este pontífice y de muchos príncipes de Europa sumas quantiosas, de que se sirvió, no para levantar un ejército y marchar contra su enemigo, sino para comprar la paz, y retrasar de este modo por algun tiempo la ruina del imperio. Méenos afortunado Manuel, no consiguió sino vanos horrores y promesas inciertas. Ya no era aquel el tiempo en que la Europa toda se conmovia y acudia á tomar las armas con un ímpetu ciego al oír solo el nombre de mahometanos. Por otra parte, demasiados asuntos tenían en sus reynos los príncipes de Occidente para pensar en ocuparse con algun interes en lo que pasaba lejos de ellos. Sin embargo, aun se vieron algunas reliquias de aquel antiguo entusiasmo. Juan, conde de Nevers, hijo de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, vino á juntarse con un crecido número de caballeros franceses y mas de 2000 hombres de buenas tropas con Segismundo I., rey de Hungría, que hacia guerra al terrible Bayaceto; pero este socorro no sirvió mas que para aumentar el esplendor de la victoria que ganó el sultán al ejército christiano cerca de Nicópolis el año 1396, y para abrirle camino para nuevos triunfos.

Unas victorias tan continuadas, que hacian á Bayaceto el terror del nombre christiano en el Oriente de la Europa, las paró de repente un nuevo conquistador de la nacion de los mogoles y de la familia de Genghiskan, heredero de su valor, de su talento para la guerra y de su fortuna. Llamábase Timur, voz de la lengua mogol, que significa *Hierro*, á la qual se habia añadido el epíteto *Lenk*, palabra persiana, que significa *Cajo*, de donde se ha formado el nombre de Tamerlan, con que se le conoce en nuestras historias. Desde la edad de 25 años que tenia quando comenzó sus conquistas, hasta la de 71 en que murió, jamas descansó este príncipe. No bien habia acabado una expedicion, quando emprendia ó meditaba otra. Devorado por una ambicion insaciable, como Alejandro, llevó sus armas victoriosas, así como él, á la Persia y á las Indias, y halló tambien muy estrecho el mundo para satisfacer el deseo inmenso que tenia de trastornar tronos y de dominar sobre nuevas naciones. Viendo Manuel Paleólogo que no tenia nada que esperar de los príncipes christianos de Occidente, cuyo socorro ha-

bia implorado en vano contra Bayaceto, pidió el de Tamerlan. El príncipe mogol se aprovechó, no sin gusto, de la ocasión de dar á conocer su poder al único monarca del mundo, que podía mirar como competidor de su gloria y de su poder. Envióle oficiales de su ejército, mandando que restituyese sobre la marcha al emperador griego las tierras y ciudades que le había tomado. El sultan, que no estaba acostumbrado á oír que le hablasen con tanto imperio, se indignó de que hubiese osadía para darle unas órdenes tan absolutas; y no dió otra respuesta que hacer cortar la barba á los enviados de Tamerlan, que era entre los orientales el mayor insulto que se podía hacer á ninguno. El príncipe mogol se cegó de cólera; y para vengarse marchó contra Bayaceto con un poderoso ejército. Los dos campeones se encontraron cerca de Angoury, en Natolia, que es la antigua ciudad de Ancira. Allí se dieron en el mes de Agosto de 1401 la mas sangrienta batalla de que se ha hecho mencion en las historias. Bayaceto la perdió, y fué hecho prisió nero. Este príncipe murió camino de Samarkanda, adonde lo hacia llevar Tamerlan en una jaula de hierro; tratamiento que él destinaba para su enemigo, si hubiese tenido la fortuna de vencerlo (a).

ARTICULO II.

Estado político de las potencias de Occidente.

Este siglo fué el siglo de los grandes acontecimientos en Europa. De un extremo del Occidente á otro no hubo nacion que no experimentase vayvenes y alborotos, de que habia habido pocos exemplares en las edades antecedentes: ni soberano ninguno que no tuviese intereses importantes que disputar, y derechos preciosos que defender ó que conservar. El arte de la política y del gobierno comenzaban á perfeccionarse; los príncipes á estudiar los intereses y pretensiones de sus vecinos; los estados á tomar una situacion que jamas habian tenido; y este equi-

(a) Algunos historiadores orientales refieren que fué tratado generosamente por Tamerlan.

librio que tanto trabajo ha costado establecer sobre un cimiento sólido, se iba formando poco á poco en medio de los alborotos y convulsiones que agitaban al mundo. En la pintura que vamos á delinear dexaremos á un lado por algunos momentos las contiendas del papa Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso, objeto de harta importancia para confundirse con otros muchos. Desentrañaremoslo en un artículo particular, en donde examinaremos con cuidado su origen, progresos y fin.

Alberto I, 2.^o emperador de la casa de Austria, vació algun tiempo en el trono de Alemania, adonde habia subido despues de la deposicion y muerte de Adolfo de Nassau por voto de una parte de los electores. El imperioso Bonifacio VIII, no contento con no reconocerlo, emprendió hacerlo deponer. Dió orden para ello á los electores eclesiásticos, contando por su parte con una obediencia mas ciega y mas pronta. Tuvieron la flaqueza de recibirla, y la cobardía de juzgarse obligados á ejecutarla. El motivo de este proceder violento del papa respecto de Alberto, era su odio contra Felipe el Hermoso de quien el emperador se habia declarado aliado y parcial; pero no mostrándose dispuesto el cuerpo germánico á proteger las ideas de Bonifacio, mudó de rumbo para conseguir el romper la union de dos príncipes, cuya buena inteligencia aumentaba la fuerza del que queria destruir. Ofreció pues la paz á Alberto con la condicion de que reconociese como emperador, y en nombre de todos los miembros del imperio, que tenia del papa el título de rey de romanos y el poder de la espada material; que defenderia á la santa sede contra todos los que estuviesen en guerra con los sumos pontífices; y que tomara las armas en favor suyo siempre y quando que fuese requerido. Con estas condiciones prometió Bonifacio confirmar su eleccion, y revocar por una bula todas las sentencias que habia dado contra él. Alberto se avino á todo, para libertarse de la inquietud que le causaban las empresas de un papa que no sabia poner límites á sus pretensiones, y que no consultaba mas que con su humor dominante en los pasos á que se arrojaba para conseguir sus miras. El pontífice, satisfecho de las promesas de Alberto, ó fingiendo estarlo, lo reconoció por legítimo emperador, supliendo con la plenitud de la potestad pontificia qualquiera vicio